

que lo ha despertado en nuestro corazón. ¡El amor! pasión que lo hermosea y encanta todo, y sin la cual el mundo sería un horrible destierro.

¿Qué felicidad podría ser comparada á la que gozaba Luis en aquellos instantes?

VI.

Flor de un día.

Tan fácil es á una hermosa ser la llave de oro con que se abre la puerta del cielo de la felicidad, como el rayo del sol que marchita para siempre la flor de nuestros amores. El corazón de la mujer, misterioso logogrifo que en vano han querido los hombres de todos los tiempos descifrar, es la caja de Pandora de donde brotan todos los males. Las sirenas de la fábula, atrayendo con sus voces melodiosas á los navegantes para dejarlos morir en su isla y formar con sus huesos la blanca alfombra de Cirenusa, no son sino las mujeres de todo el mundo, cautivando con

una mirada ó con una sonrisa, y haciendo mofa luego de la pasión que han inspirado. Las mujeres.....

—Pero, Luis, si no te interrumpo, creo que acumularias aquí un millon de pensamientos contra la mitad mas bella del género humano. La mujer es ciertamente mujer, y no ángel como han dado en llamarla los soñadores y los poetas; pero la mujer, amigo mio, es la obra mas hechicera de las manos del Criador. Esto lo ha dicho no sé quién; pero aun cuando antes no lo hubiese dicho nadie, lo diria yo, y conmigo todo el mundo.

—Sí, es bella, como es bella la serpiente en cuya piel descubrimos todos los brillantes colores del iris. Pero ¡ay de tí, si seducido por esa fatal apariencia, olvidas que destila un veneno mortal!.....

—Calla. A leguas se conoce que has recibido últimamente las calabazas mas solemnes que en este pícaro mundo pudiera merecer un mortal afortunado. Pero créeme; las calabazas, por mas amargas que parez-

can, son la fruta mas deliciosa de la tierra; como que solo probándolas se libra uno de contraer ese pesado yugo que llaman matrimonio, y que solo los pollos, que comienzan á saborear la dulzura de una caricia en sus lábios, ansían contraer. ¡Bobería insigne! Te juro por mi experiencia, que á estas horas eres el sér mas dichoso del mundo. ¿Te han calabaceado? ¡Magnífico! Ancho es el mundo, y mañana se te presentará una oportunidad propicia, y te vengarás, para demostrar que eres español, pues dicen que el que no se venga no lo es. Mas es preciso que me cuentes lo que te ha pasado. Refiéreme ese atroz desengaño que ha dado á tu semblante ese aspecto patibulario, y á tus lábios tanta hiel contra las mujeres. ¿Sabes qué pienso al verte así? Que quisieras ser un Neron, para desear que todas las mujeres no tuviesen mas que una cabeza y pudieses tú cortarla. Yo, por el contrario, desearia que todas las mujeres se refundiesen en una sola, para que esta fuese mia, y viera yo morir de envidia á nuestros cofrades del sexo feo.

—¿Sabes que tu charla y tu buen humor me están cargando ya?

—¿Sabes que, ó nos disgustamos hoy, ó te liago prescindir de tus ridículos pensamientos?

Hubo un momento de vacilacion.

Los dos amigos que así hablaban, cuyas fisonomías se prestaban á un estudio profundo, se contemplaron un breve rato, y al fin exclamó el mas jóven:

—Arturo! no sabes lo que sufro.

—Cuéntame, Luis, cuéntame, porque *males comunicados*.....

—Bien: te contaré esa historia, pero con una condicion.

—Aceptada.

—Dime, de ¿dónde has sacado ese carácter ligero, esa especie de despreocupacion filosófica que hoy contrasta con la melancolía de mi espíritu? Tú y yo pensábamos antes de una manera tan conforme, sentíamos.....

—¿Quiéres que te diga cómo se operó en mí esa reaccion? Escúchame. El amor,

Luis, decide el porvenir, forma el carácter, é imprime en nosotros un sello de que en vano queremos despojarnos. Hay una época en la vida del hombre, que llega mas ó menos tarde, segun la naturaleza del individuo, en que el amor es la causa de todo, del bien ó del mal. X*** era un muchacho magnífico, dice la sociedad, pero de la noche á la mañana se ha perdido; nadie le conoce: por el contrario, R*** era un desheredado, un hombre sin porvenir, sin nada, hoy ocupa una posicion brillante. ¿Por qué estas contradicciones? X*** amó y fué burlado, y al vengarse de la mujer se hirió à sí mismo y se perdió. R*** amó y fué comprendido, y un ángel le sacó del abatimiento en que yacía. Esto sucede á cada paso. La sociedad finge ignorarlo, para que no le echen en cara sus culpas ó aberraciones. El amor, pues, me ha trasformado. Yo amaba á una mujer encantadora; más aún, le rendia un culto idolátrico, aquí en mi corazon. De esta mujer enamoróse un amigo mio. Al principio me comunicó éste sus pensamientos;

luego tuvo á bien guardar la mas completa reserva; sin que profiriese yo la menor queja. Amaba, es verdad, con delirio á esa mujer; pero antes de amarla le habia ofrecido una amistad franca, sincera y leal; debia yo, pues, prescindir de aquel amor. Prescindi, en efecto, y como no quiero aparecer generoso cuando no lo he sido, te diré que no fué grande el esfuerzo que tuve que hacer para conseguirlo. Hay una cosa que estiman algunos, por desgracia no todos, más que los mayores tesoros del mundo: la dignidad. La idea de que una mujer pueda dudar al escuchar nuestras palabras, si la amamos á ella ó á su dinero, me avergüenza. Yo no concibo cómo haya hombres que, llevados por el mezquino deseo de ser grandes ante la sociedad, se empequeñezcan tanto ante los ojos de las personas dignas. El hombre que solo busca una fortuna en un enlace, me parece un miserable. Vivir de las rentas de una mujer á quien no se ha amado, á quien por conveniencia se ha pretendido..... hé aquí lo mas degradante que puede haber pa-

ra un hombre. Yo, aunque como sabes, no soy un capitalista, tengo cuando menos lo necesario para que no se me confunda con esa turba de buscadores de oro y de posicion á la sombra de una falda. Prescindi, pues, de aquella mujer, no solo porque era rica, sino porque la amaba un amigo mio; y porque tiene, segun pude averiguar, un carácter altivo, fruto de la educacion que le han dado. Me dirás que por qué no hice saber todo eso á mi amigo? no me culpes: los enamorados todo oyen, todo hacen, menos lo que es racional, menos lo que les conviene. Si algo hubiera yo pretendido, hubiera sido en vano. Déjéle, pues, al tiempo la mision de desengañarlo, y á fé que ha sucedido esto mas pronto de lo que yo me esperaba; tus palabras me lo indican.

—Cómo! exclamó sorprendido Luis, cuyo semblante se habia alterado mas de una vez durante el relato de Arturo; ¿tú amabas á Magdalena? ¿Es ella la mujer á quien te has referido?

—Y tú el amigo. Pero déjame concluir

para que yo sepa tu historia, repuso con aplomo.

Cuando el alma hace un esfuerzo supremo como el que se necesita hacer para prescindir del sér que ha cautivado nuestro corazón; cuando experimenta una conmoción tan violenta, Luis, parece que se nace á una nueva vida, que otro mundo es el que cruzamos. El amor de mi corazón á Magdalena fué un sueño, y al despertar de él me hallé convertido en otro hombre. Acabóse para mí eso que llaman *romanticismo*, y espero que seré en adelante uno de tantos que saben aprovechar las ocasiones que se presentan, pero que no derraman una lágrima, ni exhalan un suspiro porque malogran una aventura. Pero estoy en ascuas por oírte; habla.

—Yo, Arturo, abrigo, como no ignoras, las mismas ideas que tú con respecto á los hombres que pretenden á una mujer por solo su dinero. Harto sufrí y vacilé antes de entregarme con todos mis sentidos al amor de Magdalena; pero una fuerza invencible,

algo más poderoso que los gritos de mi orgullo, de mi dignidad misma que podía ser ultrajada, me impelia hácia ella. Por otra parte, saben las mujeres fingir con tanta perfección en la mirada lo que en el corazón no sienten; son tan seductoras, en el verdadero sentido de esta palabra, que llegué á imaginar que en cada rayo de sus pupilas había para mi amor una esperanza, y que cada sonrisa de sus labios me prometía un cielo. Llegué hasta ella, y un paraíso de amor abrióse ante mis ojos. ¡Qué hermosa estaba aquella noche! ¡Cómo halagó mi vanidad verme preferido por la más encantadora de las que llenaban el salón! ¡Arturo! si puede haber algo más dulce que el sí de la mujer amada, lo será seguramente el beso de la muerte cuando esa mujer ha amargado para siempre las horas de nuestra vida. Yo llegué á ella, le hablé de mi amor, y fuí correspondido. ¡Podía acaso en el delirio de mi amor, imaginar que aquella sirena hacia mofa de la pasión más pura? ¡Imposible! Aquella noche..... pero ¡á qué cansarte con esa

historia? Concluiré. Cuando mi alma se ahogaba en aquel océano de felicidad, cuando todo aparecía rosado ante mi vista, recibí esta carta, pasados solo dos días de aquel en que fui tan feliz.

Arturo leyó lo siguiente:—“Caballero: Ruego á vd. olvide las palabras que de mis labios escuchó antenoche en el baile. Yo misma no he sabido darme cuenta de mi conducta. Yo no amo á vd. ni puedo amarle; nuestra posición nos separa.—M.”

—Decididamente, Magdalena es una coqueta, exclamó Arturo luego que hubo terminado la lectura de la carta.

No interesa en manera alguna á los lectores saber cómo concluyó aquella conversación; pero para justificar un tanto á nuestra heroína, tenemos que hacer ciertas explicaciones.

En la mañana que siguió á aquella noche en que tuvieron lugar los sucesos que llevamos referidos, presentóse muy temprano el padre de Magdalena en la habitación de ésta.

La conferencia fué harto desagradable para ser referida: no habló allí el corazón ni la inteligencia; el interés y solo el interés. El resultado ya lo saben los lectores.

¿Deberemos culpar á una débil mujer porque cede á las insinuaciones de un padre que con el ruido del oro quiere apagar los latidos del corazón? Estos son los amargos frutos de la educación de la sociedad actual. Todavía tendremos ocasión de deplorar peores consecuencias.

desprecian las grandezas de la tierra y buscan en el santuario de la familia el cielo de la felicidad. Si nos hubiéramos propuesto escribir estas páginas para solo enaltecer á la mujer buena, Amparo hubiera sido, sin duda, nuestra principal heroína; pero queremos trasladar á estos cuadros las escenas mas frecuentes hoy en la vida real de esa que llaman la alta sociedad, en donde el oro todo lo avasalla, y Magdalena nos ha proporcionado el personaje que deseábamos exhibir con toda la ruda franqueza que debe caracterizar á los escritores que no buscan el ruido efímero de un aplauso, sino que ambicionan contribuir con algo al mejoramiento de la sociedad en que viven.

Amparo amaba á Luis tanto ó mas que Magdalena, segun dijimos al principio; no de otro modo que Arturo sentia latir su corazón por esta última, como su amigo Luis; pero ya hemos visto que la conducta caballerosa del primero, le apartó para siempre de la senda de ambos.

No deben haber olvidado los lectores que

VII.

Amparo.

No crean los lectores que nos hemos olvidado de aquel ángel de bondad tan lleno de ternura, de aquella modesta beldad de rubios cabellos y celestiales ojos, no; Amparo es uno de esos tipos en quienes nos fijamos con mayor placer y á quienes quisieramos consagrar un altar. Nosotros no amamos sino á la mujer dulce y tierna, al ángel del hogar, lleno de abnegacion y resuelto á sufrir el mas cruel de los tormentos por el sér querido. Para nosotros, nada hay mas hermoso que una alma apasionada; pero con ese amor apacible y suave de los que

al comenzar nuestra narracion dijimos que Amparo dirigió á nuestro amigo Arturo una mirada significativa de que poco se cuidó él, ocupado como estaba en contemplar á la encantadora amiga de aquella.

○ Preciso es, pues, que expliquemos por qué Amparo, para quien no era indiferente Arturo, seguía amando á Luis.

○ No podemos asegurar que Amparo sintiese aquella doble pasion, que no hallamos imposible en las almas.

○ Acaso en otra ocasion nos ocuparemos en demostrar detenidamente que puede alguna vez el corazon latir influenciado por dos seres al mismo tiempo, sin que por eso el amor que á cada uno de ellos profese, sea menos ardiente, menos puro y menos leal. Esto, que á cada paso acontece, por mas que nadie quiera confesarlo, lo hallamos muy natural, aunque algunos lo califiquen como un fenómeno. Muy extraño es que á la inteligencia del hombre, que quisiera abarcar hasta lo infinito; que al alma nacida para desear, y desear sin fin; que al corazon que tiene que

amar todo lo que es bello y hermoso, se le hubiese atribuido hasta hoy la propiedad, digámoslo así, de no poder amar sino á un solo sér, so pena de que se crea, si dá rienda á sus naturales instintos, que desconoce la sublimidad de un afecto, porque no es único y exclusivo.

○ Y preciso es confesar que una de las grandes conquistas del siglo actual, debiera haber sido la propagación de una doctrina sobre la pluralidad del amor, con la cual se ahorrarían muchas lágrimas á los celosos.

○ Porque convendrán con nosotros los lectores, en que ese romanticismo que hace morir de tisis á los amantes calabaceados, es bastante ajeno de una época de luz y exámen, como lo es la presente; y los novelistas, en vez de continuar por la trillada senda de los narradores de pasiones inverosímiles, debian circunscribirse á trasladar á sus obras los cuadros de la vida real, en que á menudo acontece que un hombre ame á dos mujeres, ó por el contrario. Y aunque ni la religion ni las costumbres sancionan aún la

poligamia, ni nosotros la pedimos tampoco, bueno sería pintar esa lucha de un corazón que siente por dos seres un amor igual. De esta lucha nace, como es muy natural, el estudio profundo de los caracteres distintos de aquellas dos almas, la comparación de una y otra, hasta que se obtiene por resultado el triunfo de la que más amamos, ó más bien, el de la que juzgamos que nos ama más, ó que está dispuesta á guardarnos eterna fé. Y es tanto más justificable en el hombre un doble amor, en cuanto á que, como nadie ignora, es considerablemente mayor el número de las mujeres, respectivamente al de los hombres.

Pero nos desviamos de nuestro objeto.

Repetimos que no podemos asegurar que Amparo sintiese latir su corazón por Luis y por Arturo. Ella comprendió que Luis amaba á su amiga tanto como Arturo; y como sentía mayor inclinación al primero, abrió su corazón á su amor: sin embargo, quiso ser leal á la amistad, y nunca puso en juego ninguno de esos recursos de que se valen tan

fácilmente las mujeres para hacerse preferir de un hombre. Dejó al tiempo y al carácter de su amiga, la misión de encaminar á Luis.

¿Supo Amparo que Magdalena correspondió á su amante en el baile, y que le despidió luego con inusitada violencia?

La escena siguiente nos lo dará á conocer.

Era una noche fria y nublada del mes de Noviembre de 1864. Habian pasado muy pocas despues de aquella en que tuvo lugar el baile de que nos ocupamos.

El Zócalo, que entonces no estaba embellecido por ese hermoso jardín que hoy descuella en él, sino afeado por aquellos clásicos jacalones que se construian allí anualmente, estaba enchido de una numerosa concurrencia.

En uno de los bancos de piedra que vemos en el antiguo paseo de las Cadenas, estaba sentado, envuelto en una capa oscura, un jóven á quien nosotros hubiéramos podido conocer muy fácilmente: era Luis.

Gran espacio de tiempo hacia que se encontraba en aquel lugar, devorando seguramente sus recuerdos, cuando dos elegantes damas tomaron asiento en el mismo banco en que él estaba. Las señoras que acompañaban á aquellas damas ocuparon el banco próximo.

Como no era nada aristocrática la figura de Luis envuelto como estaba en su oscura capa y con un sombrero de fieltro calado hasta los ojos, poco se cuidaron las dos amigas de conversar en voz alta, que llegó fácilmente hasta aquel hombre desconocido, situado en uno de los extremos del banco de piedra.

Los lectores habrán ya visto en ellas á Magdalena y Amparo; y como en efecto lo eran, escuchémoslas por un momento.

—Sí, Magdalena, te pronostiqué que no serias bastante fuerte para escucharle y no corresponderle. Tú estabas ansiosa de oírle y.....

—Nada me repitas; óyeme, y calla. Le correspondí; pero al día siguiente al del bai-

le, mi padre volvió á decirme lo que otras veces: que era preciso buscar la salvación del crédito de nuestra casa en un enlace ventajoso.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Sin confesar nunca á mi padre que habia correspondido al amor de ese *pobre*, tomé una resolución suprema: le escribí despidiéndolo.

—¿Te atreviste, Magdalena, á aparecer tan indigna ante los ojos del hombre á quien una noche antes habias prometido eterno amor?

—Sí; no sabes hasta dónde me preocupa la idea de lo que será la vida que tendremos que arrastrar los de mi familia y yo, el día en que se declare la quiebra de mi padre, en que sus acreedores nos despojen de nuestros coches, de nuestros muebles..... de todo. Esto es horrible; yo prefiero cualquier cosa, á la humillacion de sufrir el insultante desprecio con que nos han de mirar aquellas personas á quienes menospreciamos en los días de prosperidad y opulencia. Las consi-

deraciones sociales que hoy disfrutamos, desaparecerán, sin duda. Yo bien comprendo que la mayor parte de los jóvenes que hoy forman el círculo de mis adoradores, son mariposas que revolotean ante la dorada llama de mi fortuna. Una vez que ésta se apague, huirán de mí: ¿Cómo no han de querer vengar mis desdenes, perdonados hasta hoy solo por la esperanza de obtener mi mano y con ella un caudal? Y lo que es peor, todavía; yo no temo á los hombres; las mujeres somos siempre más intolerantes, más crueles, más vengativas.

—Pero, ¿y el amor, Magdalena, y esa ilusión que halaga al alma tanto?

—Tú olvidas, ó no sabes, amiga mía, que hay una cosa superior á todo lo demás sobre la tierra; olvidas que antes de amar á otro sér, hemos amado nuestra grandeza, nuestro esplendor, nuestro bienestar; olvidas que el penetrante grito del amor propio, del orgullo, apaga el latido más violento del corazón. Además, ¿pueden olvidarse en un momento esas ideas que hemos ido aprendiendo

desde nuestra cuna? ¿se nos ha enseñado acaso á amar la pobreza, á considerarla siquiera?

—Y bien, ¿qué resultado produjo tu carta?

—El más natural. Hasta hoy no he vuelto á saber si existe Luis en el mundo.

—Su dignidad le habrá apartado para siempre de tu camino.

—Así lo creo; pero ya que te he hecho esta confidencia, hablemos de algo que no sea desagradable.

—Permíteme, ya que con tal franqueza me has hablado, el que te revele que hoy le amo más, que le enaltece mucho ante mis ojos su noble comportamiento. ¡Ah, Magdalena! Si Luis me hubiera amado, qué feliz le habría hecho el inmenso cariño de mi alma; pero fué á tí, y tú no has querido arrojárselo todo por el hombre que hizo latir tu corazón, y has preferido herirlo en lo que hay más grande, más sagrado para un hombre: en su dignidad.